

Julio Durán Cerda

## Paisaje y poesía del sur



RES regiones bien caracterizadas llenan nuestro territorio nacional: el Norte, seco y mineral, el sol calcina las piedras y los hombres. «Sal. Siempre sal. En el aire ardido en llamas sobre el horizonte azul...». «Sol que todo lo evapora y lo disuelve con sus rayos implacables y que acaso como en los mares hace la sal de algas, de peces, de conchas, de cadáveres» (1). Y el hombre allí, para hacer frente a su ambiente, duro pero generoso, recurre a la máquina. El hombre negro de sol, la negra máquina en medio de la sal.

El Centro, un valle armado y muy compuesto por muchos valles, es suave, benigno, frutal. Sus lomajes y praderas prestan un descanso al viajero del Norte. Además de la fragorosa pero distante nota de los Andes, no hay más bizarría que la cordillera de Nahuelbuta. En un comienzo toda la vida de la República estaba reunida ahí. Indudablemente se vive sin grandes dificultades en esa región. Hasta los artistas encuentran motivos al alcance de su mano, con sólo abrir la ventana de su habitación.

El Sur, húmedo, fluvial, lacustre y, por ende, constantemente vegetal. Con todo y por todo es la antítesis más violenta del Norte. Sin embargo, si bien el sol no calcina, la lluvia,

---

(1) «Chilecito», Sady Zañartu.

la humedad, los elementos conmueven reciamente la vida. Las tierras australes fueron las últimas en incorporarse a la unidad de la República y así aún hoy día, óyese la designación de *Frontera* con que se denominó el territorio no conquistado cuyo límite fué variando desde Bío-Bío al sur. Efectivamente, hasta fines del siglo pasado, la región era tenida como otro país, con sus costumbres, con su clima, con sus hombres ciertamente exóticos. Con la fundación de Temuco, el 25 de febrero de 1881, llegó al sur el influjo más decisivo de la metrópoli y se comenzó a sentir la verdadera continuidad de la «larga faja», Bolívar refiriéndose a la situación de los sureños con respecto a Chile, decía: «Sus vecinos, los altivos republicanos de la Araucanía».

Llamamos región austral a aquella parte del sur de Chile caracterizada por sus grandes bosques, sus ríos caudalosos y donde la agricultura y la lluvia tienen rasgos propios que hacen a la comarca totalmente diferente del resto del país. No es seco el sur, ni el sol es aplastante. No es suave ni la bonanza del clima es constante. Según todas estas propiedades, el sur principia en la provincia de Malleco, y de acuerdo con nuestro afán, justamente desde Angol.

A partir de allí los rasgos se acentúan rápidamente hasta Maullín, lugar donde empieza a intervenir el mar de un modo prepotente.

Y siempre que haya que referirse al sur no podrá prescindirse de la generosa profusión de agua y con ello de la vitalidad vegetal, y con ello, de todas las actividades, inclusive del arte. El agua parece haber creado hasta una mística original.

Ríos, lagos, mar: luego lluvia, temporales, inviernos copiosos.

Bosques, verdura, cereales, ganado, habitaciones de madera y alimentación mixta.

Todo esto presta unidad y cohesión al sur, penetrando a su gente y a sus productos de caracteres originalísimos, al pun-



to de ser reconocidos a primera vista entre los demás. El tono de la voz de los moradores, grave en las primeras sílabas y casi agudo al final; la indefectible pronunciación de la «ll», revelan de inmediato al sureño, así como el desaliño campechano en el vestir y su reserva en la conversación.

Todo el desenvolvimiento de la región austral se singulariza por la interacción constante y directa del hombre y la naturaleza. Todo auténtico recurso de vida está fundado en el «agro» húmedo, y toda manifestación se explica, en última instancia, por ese factor (2). Puede afirmarse sin temor que el sureño es de hechuras eminentemente telúricas. El fatalismo y el espíritu supersticioso, tan notorio en este habitante, cuya raigambre se encuentra en el aborigen, es una seria corroboración de este aserto. Esos mismos elementos psicológicos suministran el gran material a la cualidad lírica austral. El hombre culto, refinado por la escuela, por los viajes y por los insistentes aflujos de la metrópoli, crea sus propios mitos, no ya rústicos, primitivos, sino quintaesenciados, estetizados, con que va creando su arte autónomo. Neruda es, entre éstos, quien ha plasmado de un modo definitivo este material. Le siguen de cerca Juvencio Valle, Julio Barrenechea, Carlos Godoy Silva y Francisco Santana.

No carece de justeza la afirmación de Mariano Latorre, por lo menos en lo referente al principio de nuestra vida histórica, cuando expresa: «La historia de Chile austral, su pasado, su presente y su porvenir, no es otra cosa que la conquista de la selva y del indio pertinaz que aun vive en sus regiones» (3). Sin embargo, no es seguro sostener que éstos dos mo-

---

(2) Nos adelantamos a reconocer lo categórico y exclusivista de nuestra aseveración al intuir ese fondo, y aunque lo justificamos y estamos en condiciones de testimoniarlo, es preciso,— para mayor objetividad—no tomarlo por el momento, rigurosamente al pie de la letra.

(3) «Literatura de Chile», Buenos Aires, 1941.

tivos de conquista no vayan siendo notablemente reducidos por el avance fatal de la civilización. Por otro lado, si bien es cierto que la selva constituye un elemento primordial en la vida de la región, ella va siendo cada vez menos un problema, un bastión de primitivismo, como lo podría ser para otros países, Brasil, Ecuador, por ejemplo. Al contrario, la selva es ya un factor asimilado a la sangre, al potencial humano del sureño, como procuraremos probarlo oportunamente. La pertinacia del indio, como objeto externo, tampoco constituye ya un ruidoso emulativo de conquista, sino que al presente se torna en una nota sociológica activa y cada vez más fundida al carácter de los comarcanos.

Pues este deslumbramiento suntuoso que la región—ora silenciosa o profundamente rumorosa, ora con sus alas batidas en impresionante movimiento—ofrece a los ojos del visitante, nacional o extranjero, ha ocupado de preferencia el tratamiento literario de que ha sido objeto. La pintura de la selva y de los demás aspectos de la naturaleza austral, se presenta casi siempre en desmedro evidente del paisaje humano, riquísimo en peculiaridades originales, debido a la presencia inmediata de la fusión de razas tan disímiles como la araucana, la española, la germana, inglesa y francesa.

La violencia descargada tanto sobre el origen como sobre la selva trae—es la verdad—las «luces del progreso», o más exactamente, de la modernidad de la región. Era el único medio rápido de conquista, pero eso sí, valedero para los primeros tiempos, a modo de desbrozamiento de lo que más tarde debía reducirse íntegramente.

Ercilla es el iniciador de las noticias literarias de aquellos parajes tal como los encuentran las exigencias europeas (4).

---

(4) El Padre Diego Rosales es, entre los cronistas chilenos, quien primero aborda el paisaje sureño, con una hermosa descripción de Villarrica y de algunos rasgos de sus habitantes indígenas.



Refiriéndose a la selva, dice en el Canto XXXV de su poema:

«Nunca con tanto estorbo a los humanos  
quiso impedir el paso la natura,  
y que así de los cielos soberanos  
los árboles midiesen en la altura:  
ni entre tantos peñascos y pantanos  
mezcló tanta maleza y espesura  
como en este camino defendido,  
de zarzas, breñas y árboles tejido».

La primera impresión es, pues, decididamente hostil. Al primer avance sobre el sur de la civilización europea, ya se opone la potencia vegetal con toda su prestancia: era la misma actitud que los extranjeros habían calculado en los indios desde su llegada a estos mundos. Y bien parece que hasta hoy no hubiera allí vida humana, organizada conforme a los moldes modernos. El turista o el veraneante lleva ese pensamiento, invariablemente.

Ercilla lanza el anuncio apocalíptico de la dura brega que promete la comarca a quienes anhelan explotar sus riquezas. Y muchas ha de ocultar si tanta resistencia ofrece al paso de extranjeros.

Cerros y hondonadas, bosques y yerbas de todas layas llenan el horizonte con todos los matices del verde. con particular predominio del verde oscuro, profundo, bajo un cielo de nubes dispersas en verano, y amontonadas, preñadas, en invierno. Esta exuberancia natural se estrecha, se acumula alrededor del hombre, anulándolo casi, perdiéndolo como en un océano vegetal. Verdura por todas partes; los servicios municipales no deben descuidarse un momento, porque crece hasta en las piedras de las calles. Los techos y las paredes también son invadidos por la verdura o el musgo porfiados.

A este propósito vale recordar la importancia de la papa que exige humedad atmosférica para su cultivo, cuya patria es Imperial. Este tubérculo ambientado ya en todos los países del mundo, tiene un rol extraordinario en el sur de Chile. Es el alimento favorito, a menudo el único en ciertos hogares humildes y substituye con frecuencia al pan. Uno de los conquistadores se llevó un buen día, unas cuantas semillas a Europa, y ahora está difundido allá en múltiples variedades, pero que con todo, no pueden semejarse a la nuestra. En 1929 hizo la papa uno de sus más recientes viajes: fué a rematar a las estepas rusas, donde se comportó al comienzo algo esquiva para germinar, a causa de que allá el día es demasiado largo; ahora ya se ha nacionalizado merced a que se le ha proporcionado el día que ella requiere por medio de casetas montadas sobre ruedas, que quitan el sol a hora oportuna (5).

En un principio las selvas eran impenetrables, tal como el carácter indígena. Dura ha tenido que ser entonces la lucha para haber logrado abrir estos claros que ahora muestra el sur; ciudades modernas, indios y criollos premunidos de una rigurosa educación, poetas y políticos y buena porción de la naturaleza sometida; la vida, en fin, marchando de acuerdo con las normas generales del tiempo. No obstante, los caracteres intrínsecos permanecen invariables, y fuera de los poetas, apenas si han logrado descubrirlos y describirlos, Mariano Latorre en «Marimán y el cazador de hombres» y «Ully»; Marta Brunet en «Montaña adentro» y «Bestia dañina»; Fernando Santiván en «Charca en la selva»; Lautaro Yankas en «Flor Lumao»; Luis Durand, Hermes Nahuel y algunos otros.

El clima, otro factor principal de la brava región, destaca asimismo, su magnitud a los ojos de los primeros exploradores:

---

(5) M. Ilin: «Las montañas y los hombres» Buenos Aires, 1942.



«También el cielo en contra conjurado,  
la escasa y turbia luz nos encubría  
de espesas nubes lóbregas, cerrado,  
volviendo en tenebrosa noche el día;  
y de granizo y tempestad cargado,  
con tal furor el paso defendía,  
que era mayor del cielo ya la guerra  
que el trabajo y peligro de la tierra».

(Ob. cit. idem).

Si bien es verdad, como lo hemos referido, no va la una sin la otra, no va la selva sin la humedad, que al fin de cuentas el agua es fundamento de toda potencia de vida, no es menos cierto que estos dos elementos constituyen en el sur dos factores independientes y decisivos; y ellos se van a manifestar constante y visiblemente en los poetas modernos de la región, particularmente de Cautín y con mayor precisión, de Temuco, patria indiscutible de los más destacados renovadores de nuestra lírica.

El hombre ha llegado a tener allí una actitud de silencio y apacibilidad externas peculiares, debido sin duda al contraste de su ambiente, porque siempre ha de sentirse «rodeado de poderes que cruzan y crujen como un hombre desnudo en una batalla» (6), ya sea ocultos, en potencia inminente o en abierta expresión. Se conjuran, de improviso, arrastrados por el viento del noroeste, todos los elementos telúricos en una tempestad, en aguaceros de días y noches y aquello—si no hubiera otros indicios de vida humana—bien semejaría el caos o el principio de los mundos. Esta situación recrudece a medida que se avanza hacia el austro.

La naturaleza crece, se hincha de fuerza y comunica una

---

(6) Neruda: «Monzón de Mayo».

grandeza interna y desmesurada que crea violentamente al poeta, al hombre de vida íntima, al introvertido. No hay «caussers» en el sur, a no ser los viejos, llenos de experiencia que no resistieron ya por más tiempo su silencio, platican, cuentan, mienten: deleitan.

Se vive en un medio lleno de poderes y cuando se logra hacer consciente este cúmulo de fuerzas, surge el poeta que ya no puede sino incorporarse de cusjo al enorme concierto de la naturaleza. No hay tiempo de analizar, por eso no hay novelistas.

Es corriente oír a los comarcanos referirse con verdadero respeto de su tierra, destacando invariablemente la lluvia, los vientos, la selva, el mar, el poder incontrastable de la tierra y de los espacios, en medio de los cuales ellos se debaten a diario. En esto—con razón—cifran una buena parte de un recóndito orgullo.

En consecuencia, se puede concluir que la fuente a que deben la vida los sureños es, pues, el *agro húmedo*; el hombre y su arte, un producto más de la tierra sureña.

Que las actividades técnicas adquieren cada día más auge, es obvio; pero también lo es que la agricultura se destaca como la madre severa y pródiga del sur.

Nos detendremos en tres elementos predominantes de la vida regional: la madera, el río y la lluvia.

¿En qué sentido va dirigida la conquista de la selva en la actualidad?

El bosque llena el alma del sureño y a él tiende como atraído por una energía misteriosa y constante. El campesino corta árboles, es cierto, pero le duele hacer roces para sembrar: «*primum vivere*».

Desde la ventanilla del tren puede verse, al paso del convoy, el notable uso de la madera del sur, Sólo en los últimos años se han renovado algunos puentes carreteros, construyéndose de concreto armado. El noventa por ciento de las habi-



taciones, están edificadas a base de madera. Hay poblaciones íntegras levantadas de tablas. El hacha de los campesinos no descansa alimentando al atronador aserradero; emplazado en el fondo de las quebradas. Centenares de «castillos» de tablas esperan—destilando sus últimos jugos—ser cargados en los patios de las estaciones ferroviarias, y las fábricas de muebles del país entregan grandes partidas de esos utensilios confeccionados especialmente del roble, raulí, lingue y mañío.

En la región todas las cosas parecen oler a corazón de madera, a pulpa de lignito, de resina fresca. Todo estropicio se adereza con madera, y al niño siempre suele vérselo jugar con una varillita. Las ramadas de fiestas patrias son efectivamente construídas de ramas; y ha surgido más de un fabricante de buenos violines y guitarras. Y así la madera se va viendo dentro y fuera de los hogares.

Pero hay que detenerse un instante frente al «roble». Es este un árbol perteneciente a la más rancia aristocracia de la flora austral, es tan castizo como el copihue, el canelo o el helecho; y el origen latino de su nombre «robur», bien a las claras revela su corpulencia y majestuosa vitalidad. Los chiquillos lo conocen desde lejos y saben ubicarlo sin titubeos: las primeras brisas de septiembre dejan adheridos a sus rugosidades, pequeñas bolitas blancas y esponjosas, los «dihueños», que recogen en sus sombreros y engullen con deleite.

El niño, luego el joven y el hombre van formándose a la sombra del inmenso poder que la montaña encierra para la vida sureña. También el turista alcanza a atisbar la fuerza misteriosa del bosque, y su atracción envolvente. Todo comarcano conoce o siente oscuramente esta potencialidad. Y el poeta lo sabe y lo canta. Lo canta siempre que puede.

Pablo Neruda ha escrito el mejor poema al bosque en *Entrada a la madera*, en que revisa la contextura íntima de la madera constituída en un remanso de posibilidades. En *Botánica* describe la flora menor de las tierras que le vió vivir.

«Caigo en la sombra, en medio  
de destruídas cosas,  
y miro arañas, y apaciento bosques  
de secretas maderas inconclusas,  
y ando entre trinedas fibras arrancadas  
al vivo ser de sustancia y silencio.

.....

Veo moverse tus corrientes secas,  
veo crecer manos interrumpidas,  
oigo tus vegetales oceánicos  
crujir de noche y furia sacudidos,  
y siento morir hojas hacia adentro,  
incorporando materiales verdes  
a tu inmovilidad desamparada».

(Entrada a la madera).

«El mágico canelo  
lava en la lluvia su racial ramaje,  
y precipita sus lingotes verdes  
bajo la vegetal agua del Sur.  
La dulce del ulmo  
con fanegas de flores  
sube las gotas del copihue rojo  
a conocer el sol de las guitarras.

La agreste delgadilla  
y el celestial poleo  
bailan en las praderas con el joven rocío  
recientemente armado por el río Toltén».

(Botánica).



Juvencio Valle, el otro gran poeta sureño, escribe sobre este magnífico tema una serie de poemas en la *La flauta del hombre Pan*, y en el *Tratado del Bosque*. En este último vemos:

«Bailen, bailen los bosques cruzados de banderas,  
apresuren las frondas su corpiño de hilachas;  
dé sus sabios preceptos el pecíolo de oro,  
y el arroyuelo arquee su espinazo de plata.  
Abajo salten sapos sobre las hojas secas,  
vuele arriba la fiesta de las copas borrachas».

De *Nimbo de piedra*, del mismo autor, son estos versos del poema «Chile del Sur», en que se acerca más a la pulpa, al corazón de la madera:

«Ay, mi Chile letal, cómo resuenan  
de Norte a Sur tus tablas coloradas,  
tus aserrines rojos, tus virutas,  
tus astillas de débil consonancia:  
Cómo zumban las pálidas bombillas,  
los bastones con órganos sonoros  
y los humosos árboles con flauta».

Es lo mismo que siente confusamente el campesino, el indio y hasta los animales. Francisco Santana en *Cauces de la voz*, resume esta situación del hombre frente al bosque:

«Y así oculto entre las hojas, desgarrado en árboles bravíos  
o salvaje en horizontes, en deseos y dulzuras  
mi sentido se abandona y en la vida vegetal se hunde».

Pero también el árbol a menudo emerge de la impersonalidad, y a veces, destacado y puro, dirige las estaciones del año:

«Arbol  
es una canción que inclina  
es como si un rubor en su nombre tersamente  
llenara la primavera».

(Idem).

En todos los poetas vemos la madera, el bosque en sus diversas formas, considerado como elemento estructural que sostiene la lírica, como si dijéramos tejida en sus ramas. Y se presenta siempre triste y con firme nobleza, siempre como realidad benéfica. Y así ama el hombre austral a la madera, con sus resonancias vitalizadoras del Dios Pan.

Veamos ahora el otro elemento, el *agua*, de la que el hombre sólo recientemente inicia su recuperación y su dominio. Es el elemento esencial de la vida, al punto que la sabiduría popular denomina «viejos secos» a las personas decrepitas, y la sabiduría científica asegura que el fin del mundo se deberá precisamente a la ausencia absoluta de este elemento, que ocurrirá inexorablemente.

En consecuencia, el hombre sólo ahora comienza a manejar la vida.

El hombre de la zona sureña ha tenido una lucha constante con el agua. Los ríos como el Cautín y el Cholchol con sus aguas turbulentas motivan frecuentemente verdaderos descalabros: rebalsan y rompen los puentes, inundan las poblaciones bajas como ocurre con las de Santa Rosa y Santa Elena, en los suburbios de Temuco. Lagos y lagunas se encuentran repartidos como espejos que retratan los árboles, los animales y los seres humanos. Para qué decir del invierno, con su lluvia constante y arrebatada. Pero sin embargo, se agradece, el campesino la saluda regocijado a veces, y otras la reniega. Y cómo presta belleza al paisaje. Los poetas la han sentido, y sin esfuerzo la han cantado, porque la lluvia canta en los tejados y en el corazón de los sureños.



El bosque constituye el eje de la grandiosa trabazón; el río suministra la pureza y la claridad sencilla del arte y la vida regional. Ahora, la lluvia, al resumir estos caracteres del bosque y del río, agrega la tristeza. Siempre el tema de la humedad ha de perseguir el inconsciente de los poetas del sur. El labriego levanta sus «pueblas» junto al agua, y no podría vivir sin gran abundancia de ella.

En el extranjero, la impresión más fresca que Neruda lleva, es la de humedad. «En Temuco, dice el poeta a Amado Alonso, la lluvia lo envuelve a uno días y días implacablemente». En la Elegía *Alberto Rojas Jiménez vienes volando* hace frecuente alusión a la lluvia que se le escapa como recuerdo estructural del poema, y pocas veces la lluvia se da en el sur sin viento, de suerte que también el poema es un ventarrón sostenido.

«Entre el viento del Sur y el Oeste marino,  
vienes volando.

Bajo las últimas aguas terrestres  
vienes volando.

Con tu celeste voz y tus zapatos húmedos  
vienes volando.

Mientras la lluvia de tu muerte cae,  
vienes volando».

Así aparece siempre el sur en Neruda, el poeta más autorizado para intuir esta región. Primero construido reciamente, extático o lento; luego la lluvia, la humedad, «corriendo invierno abajo, tiempo abajo» con una caída insistente que difuma todo contorno preciso. El horizonte se enturbia, se hace noche el día—como observó ya Ercilla—y todo es furor y hostilidad

tanto para el viandante como para el que observa a través de los cristales; el espíritu se recoge: se resigna al sometimiento sordo, cuando viene la noche real:

«El viento de la estación, el viento verde  
cargado de espacio y agua, entendido en desdichas,  
arrolla su bandera de lúgubre cuero,  
y de una desvanecida sustancia, como dinero de limosna,  
así, plateado, frío, se ha cobijado el día...».

Y viene la noche helada, cortante, pero siempre húmeda del sur. Hay noches negras y noches claras. La gente se recoge temprano, y ya no se ven sino las líneas de luz amarilla que se filtran por los resquicios de las viviendas. Los incendios allí tienen mucho de juguetón y alegre por el carácter de luminaria que les presta el combustible vegetal; tienen la rara virtud de sacar de sus lechos hasta los habitantes más apartados, en cualquier punto de la noche. Es un espectáculo novedoso y nadie se resigna a perderselo.

Juvencio Valle traza el paisaje sureño puesto a la lluvia:

«Ay, mi Chile del Sur, escuadra pura,  
molino y remolino a la intemperie,  
y corazón plural en donde caen  
las húmedas basílicas del cielo...»

Ay, mi congreso pleno de gran concierto,  
refundido, celeste y repentino  
con tus altas botellas derramándose  
y tus verdes iglesias sensitivas...

Ay, mi Chile del Sur, cómo se mojan  
tus enormes barracas de madera;



junto a la dura lámpara salada  
como se moja el corazón del indio».

Carlos Godoy Silva, uno de los más jóvenes, en su poema *Temuco* llama acertadamente a esta ciudad, cabecera de la provincia de Cautín «capital de la lluvia» y «tesorero del viento». Describe en otro poema:

«Mi pueblo es tan pequeño bajo la lluvia inmensa,  
Tan pequeñas sus calles, tan pequeñas sus casas.  
Allí donde el invierno pone su pie de frío  
está mi vieja casa pintada por el tiempo».

(Pueblo bajo la lluvia).

Los poemas de Gerardo Seguel reflejan, como los de los demás poetas regionales, la influencia de la naturaleza en los elementos más definidos: bosque, humedad, lluvia, viento. Su poema «Lugar de mi infancia», así nos lo demuestra, veamos un fragmento:

«Vecina a las violentas montañas de Malalche;  
bajos las auroras de tan altas espumas,  
que bajan sus mareas por las cuestas mojadas;  
junto a los ríos poderosos y salvajes  
que en las noches profundas de invierno nos asaltan;  
desde las lluvias eternas que arañan los poblados  
o pasan cabalgando en los vientos más altivos,  
desde el vasto corazón que en ellos vive,  
mi vieja infancia me mira fijamente».